

# Democracia amenazada

Nunca como hasta ahora el modelo político democrático había logrado extenderse sobre tantas naciones del continente latinoamericano. El último informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo sostiene que en esta región se ha afianzado durante la última década la democratización del régimen de acceso a los cargos públicos. Hay elecciones, frecuentemente limpias, libres y aceptadas por la mayoría. Se eligen presidentes y representantes, suele haber alternabilidad, aunque en algunos casos todo ello se haya dado en medio de complejas crisis constitucionales. En general, la participación electoral es masiva y los sistemas electorales muestran un alto índice de tecnificación que permite garantizar su transparencia y control.

La democracia se ha extendido en América latina, y sin embargo, está amenazada de muerte. Las amenazas provienen de sus propias limitaciones, incompetencias y distorsiones. Sus limitaciones más severas se derivan de su circunscripción a lo meramente electoral. Nuestras democracias eligen a sus gobernantes pero no logran asegurar con ello la conducción del Estado para garantizar el reconocimiento integral de los derechos de sus ciudadanos.

Democracia, pobreza y desigualdad conviven al mismo tiempo en América Latina. Hasta aho-

ra el ejercicio de la libertad política entre los ciudadanos para elegir a sus gobernantes no ha demostrado ser una palanca eficaz para revertir los índices de pobreza y las condiciones de desigualdad que imperan en la región. La ciudadanía política que garantiza la democracia electoral no ha trascendido hacia una ciudadanía civil y social, según la cual la sociedad garantiza igualdad de oportunidades para que todos puedan desplegar sus capacidades. ¿Podrá sobrevivir la democracia a la desesperanza, la inequidad y al desastre social?

Al interior de este triángulo (democracia, pobreza y desigualdad) el informe citado constata una profunda frustración. Los estudios de opinión señalan que el 54,7% de los latinoamericanos estaría dispuesto a aceptar un gobierno autoritario, si éste resolviera la grave situación económica que atraviesan sus países. El 42, 82% está de acuerdo con que el Presidente vaya más allá de las leyes para cumplir sus promesas electorales. Uno de cada tres latinoamericanos piensa que la democracia puede funcionar sin el parlamento. Los partidos políticos están en el nivel más bajo de la estima pública, sólo el 14% de los latinoamericanos tiene confianza en ellos. El Estado es mirado con expectativas y recelo a la vez. La sociedad civil está en las calles, pero sin un objetivo que unifique sus reivindicaciones y demandas.

En este triángulo también se han generado muchas distorsiones. El vacío que han dejado los partidos políticos lo han pretendido llenar diversas formas de personalismo político y de expresiones demagógicas y mesiánicas que han utilizado los recursos de la democracia electoral para acceder al poder. La crisis de los Estados nacionales ha menguado su capacidad de acción hasta prácticamente evaporar la acción pública. Con ello se ha debilitado más la gobernabilidad. La debilidad del Estado y los problemas de gobernabilidad han puesto en crisis la legitimidad de las instituciones y los sistemas jurídicos, lo que ha favorecido la proliferación de comportamientos anómicos de actores públicos y privados. En medio de este vacío, ciertos medios de comunicación se han convertido en actores políticos de primer orden, adquiriendo una gran influencia en la conformación de la opinión pública según su propia agenda de intereses, que no suelen coincidir con los de las mayorías.

## De la democracia electoral a la democracia ciudadana

Compartimos con el informe comentado que sólo promoviendo una democracia de ciudadanos y ciudadanas es posible preservar y vigorizar las libertades políticas conquistadas. Esto es, una democracia en donde se garantiza la constitución de los ciudadanos en sujetos de las decisiones colectivas como medio para construir una sociedad adecuada a las exigencias sociales según sus posibilidades históricas.

La construcción de esta democracia no es un hecho espontáneo, es una decisión de la voluntad general expresada en una visión compartida de sociedad, en donde se contemplan los fines y los medios para alcanzarlos. Para lo cual se requiere de la existencia de liderazgos y partidos políticos que proponen opciones sustantivas destinadas especialmente a revertir la situación de pobreza y desigualdad que se ha enquistado en nuestras sociedades. Esta voluntad general así constituida debe contar con un Estado con suficiente capacidad de

ejecución y control ciudadano desde la normativa pautada en la constitución y en la ley. De igual manera deben existir diversos canales de participación y expresión que permitan mantener en permanente exposición pública los intereses de la sociedad y los deberes de los elegidos para con ellos.

### Venezuela vive una crisis de democracia

Venezuela fue considerada durante tres décadas como un caso "excepcional" en América Latina, debido a la sobrevivencia de su régimen político democrático en un contexto regional fuertemente marcado por el autoritarismo militar. Junto con Costa Rica, Colombia y México, la democracia venezolana era estudiada como ejemplo a seguir para el diseño de fórmulas que permitieran garantizar la estabilidad institucional. Sin embargo, casi coincidente con el inicio de la "tercera ola" de la democracia en la región, en Venezuela se evidenció a partir de 1989 una crisis político-institucional, que aún amenaza la estabilidad democrática.

Fuimos pioneros en demostrar con los hechos que un sistema político que no ofrece oportunidades reales para que la sociedad enfrente los terribles flagelos de la pobreza y la desigualdad pierde su valor y se deslegitima. Una década de empobrecimiento y de ensanchamiento de las inequidades sociales desencadenaron los hechos por todos conocidos entre 1989 y 1993 que manifestaban una profunda crisis de representación política.

Y en aquella hora de nuestra historia se profundizó la confusión. Llegamos a creer que lo mejor era reducir el Estado a su máxima expresión y dejar que el mercado regulara desde su propia virtualidad la totalidad de la dinámica económica y social. Se llegó a decir que lo verdaderamente importante era diseñar un buen programa económico, lo demás vendría por añadidura. Claro, al principio habría que hacer algunos sacrificios, pero el futuro promisorio que nos esperaba justificaba pasar por ese trance.

Este discurso se complementaba, como decía Luis Castro Leiva,

con el de la "guarapita cívica": *"aquellos pensamientos desdeñosos hacia la democracia representativa..., que nos dicen que hay que reiventarse una democracia directa de las masas. (...) Y así desde un patio de bolas o una mesa de dominó, en alguna gallera, ..., cada miembro de la sociedad civil, sin intromisión del Estado ni de los partidos, decidirá por su cuenta y gana lo que mejor convenga para todos los venezolanos. El grito de batalla de esta profecía es simple: La nación es de quien pueda tener las ganas de encarnarla."*

En 1992 emergieron esos nuevos actores con vocación y ganas de encarnar a la patria para hacer la revolución. En 1998 conquistaron el poder de gobernar y representar. En 1999 convocaron en forma democrática una asamblea constituyente y refrendaron de la misma manera la nueva constitución nacional. En el 2000 se sometió nuevamente a consulta electoral los cargos de representación según el nuevo marco jurídico.

### Las antiguas amenazas se han profundizado

En medio de nuestra democracia seguimos empobreciéndonos cada vez más y ensanchando la brecha de la desigualdad. Nuestras posibilidades de desarrollo siguen siendo muy escasas ante la incapacidad del Estado y las élites económicas para acordar consensos dirigidos a la reactivación de la productividad y el crecimiento en medio de las exigentes condiciones que impone la competitividad mundial y regional. ¿Cuánto es capaz de resistir esta democracia sin expectativas de un futuro mejor y en presencia de un proceso cada vez mayor de pauperización de las mayorías?

Nuestra democracia sigue teniendo un Estado débil, ineficiente para cumplir con sus fines y anarquizado en su funcionamiento. El imperio de la ley se sigue debilitando y la capacidad de impartir justicia en los conflictos es una virtud ausente. El conflicto de poderes que existe en la sociedad nos ha sumergido en una profunda crisis de gobernabilidad. ¿Cuánta ausencia de institucionalidad puede resistir esta democracia?

El régimen político ha profundizado la cultura mesiánica y rentista, en cuanto que se gana y mantiene el apoyo popular con un discurso vinculado a los valores rentistas de los venezolanos del siglo XX y con el manejo de la renta petrolera que sigue teniendo el Estado. Sobre esa base se ha venido construyendo una suerte de personalismo político en que la intencionalidad y la voluntad de los gobernantes y representantes son la guía fundamental de su conducta, porque encarnan la sabiduría revolucionaria. ¿Podrá convivir la democracia con la tendencia autoritaria y clientelar que comporta nuestra forma de personalismo político?